



*Y si.  
te quiero*

*Tessa C. Martin*

# Y sí, te quiero

Tessa C. Martín

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legales previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, caracteres, lugares y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, hechos o situaciones son pura coincidencia.

Título: Y sí, te quiero.

Copyright © 2019 - Tessa C. Martín

Primera edición, noviembre 2019

Corrección: Syra Rct

Maquetación: Romanticamente.es

Contacto:

<https://tessacmartin.com>

[tessacmartin15@gmail.com](mailto:tessacmartin15@gmail.com)

Todos los derechos reservados.

Gracias por comprar esta novela.

*A todas las personas que sufren de ansiedad  
y luchan día a día con sus miedos,  
y a las que las acompañan.*

## Contenido

<a href="#"><u>Página del título</u></a>
<a href="#"><u>Derechos de autor</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 1</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 2</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 3</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 4</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 5</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 6</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 7</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 8</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 9</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 10</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 11</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 12</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 13</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 14</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 15</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 16</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 17</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 18</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 19</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 20</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 21</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 22</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 23</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 24</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 25</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 26</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 27</u></a>
<a href="#"><u>Capítulo 28</u></a>

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[EPÍLOGO](#)

[NOTA DE UN EXPERTO](#)

[NOTA DE AUTORA](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

# Capítulo 1

## CARMEN

*Mayo 2004.*

Permanecí tanto tiempo agachada, asegurando los cordones de mis zapatillas, que cuando me incorporé me temblaban las piernas. Pero sabía que no era por las huellas que el asfalto había dejado grabadas en la piel desnuda de mis rodillas y que frotaba con las palmas húmedas de las manos para aliviar el escozor que me producía. De fondo, el silbato de don Jacinto iniciaba una nueva carrera de mis compañeros. Demasiado seguido. Demasiado rápido. Conté mentalmente las veces que lo oiría hasta que fuese mi turno. Miré hacia atrás y comprobé que no me quedaba a nadie más a quien colar. Era la última, algo que en un principio agradecí, pero que ahora se me antojaba la peor idea del mundo. Hacía calor, pero yo tenía las manos frías y húmedas. Fui consciente de que todos habrían terminado de hacer el ejercicio y veinticinco pares de ojos, veintiséis si contaba al profesor, estarían pendientes de mí. Inspiré hondo y empecé a tararear mentalmente la canción que desde hacía un tiempo mi madre y yo cantábamos en casa. En un principio pensé que se empeñaba sin ningún motivo aparente en que fuese esa melodía y no otra cada vez que decía: «Carmen, canta conmigo» y me cogía de las manos y me obligaba a dar vueltas por el salón hasta que lograba que sonriera y me uniese a ella. Con el paso del tiempo entendí que aquella era la manera que tenía mi madre de reforzar el mensaje de seguir adelante al margen de mis miedos y el

dolor, y ahora se repetía en mi mente en momentos de tensión.

«Saber que se puede, querer que se pueda.

Quitarse los miedos. Sacarlos afuera.

Pintarse la cara color esperanza.

Tentar al futuro con el corazón...».

Dos, solo dos. En cuestión de segundos sería mi turno. Me llevé una mano al estómago para aguantar las arcadas y me tragué el sollozo desesperado que se había instalado en mi garganta. Repetí la canción casi con desesperación, esta vez moviendo los labios sin que ningún sonido escapase de ellos; pero escuchar solo un nombre a lo lejos borró de un plumazo el poco aplomo que había conseguido.

—¡Víctor! No te lo pierdas. Ya casi le toca.

Apreté los ojos con fuerza, tanto que vi luces de colores detrás de mis párpados, y odié la idea del profesor de educación física de sacar las colchonetas del gimnasio al patio porque dentro hacía demasiado calor. Ahora compartíamos pista con los alumnos de sexto y maldita mi suerte, él estaba allí.

No debí hacerlo, pero lo hice. Miré a mi derecha y me encontré con Víctor Medina apoyado en el lateral de la portería de fútbol, de brazos cruzados y sonriendo burlón mientras sus amigos lo rodeaban como el líder que era, al tiempo que me señalaban con la cabeza y cuchicheaban sobre mí; no tuve ninguna duda. Busqué a Pablo entre ellos para suplicarle con la mirada que detuviese aquello. Que los alejara de la pista, pero sobre todo de mí. Recordé demasiado tarde que mi primo no había ido aquel día al colegio y me sentí todavía más sola y desprotegida. Pablo me habría entendido, habría sabido leer en mis ojos la súplica desesperada que aquellos imbéciles solo sabían interpretar como miedo. Y sí, puede que fuese miedo, pero no alcanzaban a comprender cuán hondo era el pozo de los míos y

cuán lleno estaba. Pablo sí. Pablo lo sabía y los habría distraído y ahora no sería yo el centro de atención.

El pulso retumbaba en mis oídos tan fuerte que no escuché el silbato del profesor. Bajé la mirada hacia mis zapatillas y vi los cordones de color rosa perfectamente anudados. Ningún lado del lazo era más largo que el otro.

—¡Campoamor! —gritó mi profesor—. Tu turno. Tienes que estar más atenta.

—Lo que está es cagada. —Escuché la burla de Andrés, otro de los apostados en la portería.

Inspiré hondo y miré la colchoneta a lo lejos, cada vez parecía alejarse más. Tenía la sensación de que por mucho que corriese no llegaría a alcanzarla jamás.

—¡Vamos, Carmen! —gritó Lucía a mi lado.

Desvié la mirada nerviosa hacia ella y vi la sonrisa tranquilizadora y valiente en sus labios.

—¡Sí! —apoyó María—. ¡Vamos, que tú puedes!

No supe si aquellos gritos me dieron el valor suficiente o por el contrario necesité que se callaran para dejar de acaparar las miradas, pero lo cierto es que empecé a correr en dirección a la maldita colchoneta. Solo tenía que llegar, apoyar la cabeza y hacer la voltereta. Antes, un año atrás, lo habría hecho sin dudar. No me hubiera importado si era en el suelo, en el sofá o sobre la mesa. Ahora tenía la seguridad de una colchoneta y la prueba de que mis compañeros lo habían hecho sin peligro alguno. Podía hacerlo, podía conseguirlo. Llegué hasta el borde y mis pies frenaron en seco como si al otro lado hubiese un acantilado. Mi pecho jadeaba de la carrera, de los nervios y de miedo. Tendría que haber hecho la voltereta sin parar y había fracasado. Pero podría intentarlo colocando las manos. Me incliné y al tocarla noté cómo quemaba el plástico azul bajo el sol. El silencio era asfixiante a mi alrededor. No se oía ni el tráfico de la calle, o quizá fuese yo, que me había aislado en mi mundo y el pulso ensordecedor evitaba que me llegase cualquier otro sonido.

Apoyé la cabeza y me quemé la frente, impulsé apenas los pies hasta que los levanté unos centímetros del suelo y jadeé asustada. No había pasado nada, podía volver a intentarlo. Repetí la operación esta vez un poco más alto, pero tampoco lo logré. Gemí angustiada y, casi al momento, sin querer pararme a pensar más, salté de nuevo. Mi cuerpo se posicionó prácticamente en vertical y vi asustada como varios pares de piernas aparecieron detrás de mí, me tomaron por los tobillos y me empujaron hacia la colchoneta para que diese la voltereta.

—¡No, no, no! ¡Por favor! —grité mientras caía desmadrada al fallarme los brazos y me doblaba el cuello.

—¡Listo! Tanto rollo para esto, miedica.

Oí de lejos los gritos de algunos de mis compañeros y sentí hundirse a mi lado la colchoneta.

—¿Carmen, estás bien? ¿Carmen? —la voz preocupada del profesor se abrió paso entre los sollozos de mi llanto.

No lo sabía. No sabía si estaba bien porque temía moverme y comprobar que sí, que me había hecho daño. ¿Y si me había roto algún hueso? ¿Y si me había roto el cuello?

Poco a poco fui consciente de todas y cada una de las partes de mi anatomía. Moví un poco las piernas, abrí los ojos y comprobé que me rodeaban un montón de caras conocidas.

—Ven, con cuidado. —Don Jacinto colocó un brazo debajo de mi cuello y me ayudó a incorporarme—. ¿Te duele?

Una vez sentada y con movimientos suaves, me hizo inclinar la cabeza. En la escala del dolor, puede que fuese un tres, pero vi abierta la posibilidad de escapar de allí, encerrarme en la seguridad de mi casa y sentirme arropada por los brazos de mi madre.

—Me duele —mentí, al menos en lo que a físicamente se refería—. Por favor, por favor. Llame a mi madre.

Mi llanto fue desgarrador. No porque gritase, que no lo hice. Tampoco porque fuera sobreactuado, sino por todo lo contrario. Fue sincero y lo suficientemente conmovedor pa-

ra que don Jacinto no tuviese ninguna duda de que tendrían que avisar a mi casa para que viniesen a buscarme.

—Te acompañaré a secretaría y llamaremos —confirmó con suavidad—. Traedle su botella de agua.

Don Jacinto se levantó y lo escuché gritar.

—¿Vosotros qué os habéis creído?!

—Solo hemos querido ayudar... —balbuceó asustado Luis.

—¿Está bien? —preguntó Víctor.

Puede que pareciese asustado, pero no me cupo ninguna duda de que a lo que más temía sería a las consecuencias que el castigo que les impondrían podría tener. Desde luego, no por mí.

Lucía apareció de inmediato, preocupada, y me tendió la botella mientras se sentaba a mi lado y pasaba la mano de manera tranquilizadora por mi espalda.

—Esos imbéciles... —Los fulminó con la mirada. Yo no quería levantar la cabeza. No quería encontrarme con los ojos de nadie. Solo desaparecer.

—¡Todos al despacho del director! —ordenó el profesor.

Hubo algunas protestas por su parte, pero al momento cesaron.

—Vamos, Carmen. —Escuché la voz más suavizada de don Jacinto a mi lado mientras me cogía del antebrazo y me ayudaba a levantarme—. Llamemos a tu madre.

Me mareé en cuanto me incorporé y aquello hizo que me asustase más. De pronto las arcadas fueron incontrolables y para mayor bochorno, vomité sobre el patio el almuerzo. Sin embargo, aquello solo sirvió para convencer a todo el mundo de que realmente necesitaba marcharme a casa.

Me senté en la recepción de secretaría, enfrente de Luis, Andrés y Víctor mientras esperábamos a que don Jacinto llamase a mi casa y hablase con el director. No los miré, solo alcancé a ver cómo las zapatillas de Víctor entraban en mi campo de visión antes de escucharlo.

—¿Te encuentras mejor?

No le contesté. Apreté los brazos en torno a mi cintura.

—No quería hacerte daño —insistió—. Solo era para que comprendieras que no es difícil y que no cuesta tanto hacerlo.

—No me hables —logré murmurar.

Se agachó para estar a mi altura y buscar mi mirada. Por un momento, nuestros ojos se encontraron y casi me creí que realmente estuviese preocupado. Casi. Hasta que sonrió de medio lado y el brillo divertido de aquellos ojos verdes le devolvió la expresión de sobrado que yo tanto odiaba.

—Vamos, Campoamor. Tampoco ha sido para tanto. El miedo hay que afrontarlo.

Levanté la cabeza de golpe, sintiéndome más valiente, o quizás indignada, de lo que había estado desde hacía meses y lo encaré.

—¿Qué sabrás tú lo que es el miedo?

Aquello lo dejó mudo. Y a mí también. Ya habíamos hablado demasiado.

—No. Ahora duerme. Ya lo sé, pero no sé qué más hacer... Solo tiene diez años y este año y medio ha sido muy duro. Pensé que cambiarnos de ciudad y de colegio la ayudaría, pero quizás estuve pensando más en mí que en ella. En estar cerca de vosotras porque os necesitaba y os necesito —sollozó—. Pero ahora la veo tan perdida y no sé cómo ayudarla..., no sé si esto es un error —se excusó angustiada. Hubo un silencio al otro lado—. La semana que viene tenemos que volver.

Escuché a mi madre conversar por teléfono en voz baja, casi cuchicheando, mientras yo me hacía la dormida en el sofá, de espaldas a ella. Supe que hablaba con mi abuela, que estaba comiendo con mi tía Carolina, y que más pronto que tarde, tras aquella llamada, volvería a casa. Como tampoco me cabía ninguna duda de que mi tía cruzaría la calle en cuanto se enterase de lo que había sucedido.

—Ya lo sé, mamá. Si no me dejo vencer por el desánimo es porque sé que debo sostenerla.

Se me instaló un nudo en la garganta que tuve que tragar para evitar ponerme a llorar al pensar en la situación de mi madre. No había podido llorar a mi padre, derrumbarse como lo habían hecho los demás y llorar la tristeza que la consumía porque tenía que hacerse cargo de mí, y sí, como le había dicho a mi abuela, sostenerme.

—De acuerdo.

Mi madre colgó y al momento la sentí sentarse con cuidado al borde del sofá, a mi espalda, mientras me acariciaba el pelo oscuro y suelto con ternura.

—Lo siento tanto, mi niña —murmuró compungida. Su voz era casi inaudible por el sentimiento que pesaba sobre ella—. Yo también lo echo tanto de menos... Lamento que sucediese delante de ti. Si al menos no lo hubieses visto...

Me removí intentando que pareciese que estaba soñando y enterré la cara en el cojín para evitar que mi madre fuese testigo de las lágrimas calientes que se derramaron por mis ojos. Sí, había sucedido delante de mí. Mi padre se desplomó en el parque tras haber estado corriendo y haciendo la rutina de ejercicios que a él le gustaba y de la que yo disfrutaba por el mero hecho de hacernos compañía. Nos habíamos detenido en las barras, me aupó y yo me balanceé delante de él. Sonreía orgulloso hasta que de pronto palideció, se llevó una mano al pecho y de algún modo lo supe. A través de su mirada se despidió de mí antes de caer desplomado al suelo y de que su corazón dejase de latir.

## Capítulo 2

### CARMEN

*Junio 2012.*

Terminé de aplicarme el brillo de labios de color rosa y me distancié del espejo para mirarme en conjunto. Me gustó lo que vi. El vestido de un tono rosa pálido se amoldaba a mi silueta hasta la cadera, donde varias capas de muselina llegaban a la rodilla y le daban un vuelo perfecto. Giré sobre mí misma y sonreí al ver el efecto, porque era tal y como yo lo quería. Tal y como lo había visto en la pantalla cientos de veces.

Mi madre apareció bajo el vano de la puerta de mi habitación y me observó en la distancia, emocionada, hasta que pudo avanzar y llegar junto a mí. Fue entonces cuando todo el esfuerzo de contención que había hecho se perdió entre gruesos lagrimones que surcaron sus mejillas.

—Estás preciosa, cariño. —Retiró el cabello negro que me caía en ondas perfectas de los hombros y me acarició los brazos desnudos con infinito cariño—. La abuela ha hecho un buen trabajo.

Sonrió, me tomó de la mano y me hizo girar solo para comprobar que, en efecto, la tela volaba alrededor de mis piernas.

Encontrar el vestido ideal para la graduación había sido tarea imposible, entre otras cosas porque yo ya tenía el perfecto en mi mente y ninguno de los que me probaba me gustaban. Hasta que mi madre me obligó a ser sincera, como cada vez que sabía que algo me rondaba por la ca-

beza, pero que por no sobrecargar a los demás con mis problemas me lo tragaba, lo hacía bola en mi garganta y lo empujaba hasta lo más hondo de mi estómago, donde me dolía unos días hasta que, con suerte, podía hacerlo desaparecer.

—Sí, lo ha hecho —confirmé emocionada también—. ¿Crees que se darán cuenta?

—Cielo, nadie puede olvidar el vestido de Baby en Dirty Dancing. ¿Te importa que reconozcan que llevas una copia idéntica?

Negué con la cabeza. No me importaba. Estaba orgullosa del trabajo que había hecho mi abuela y me veía bonita. Quizá no espectacular, nunca me vería así, pero sí muy yo.

—Y, dime... —mi madre se acercó al espejo para secarse con delicadeza las lágrimas que habían dejado huella en su maquillaje—. ¿Esta noche bailarás con algún «Johny»?

Me sonrojé, mucho, tanto que desaté las risas de mi madre.

—Mamá, sabes que no. Además, solo iré a la cena —confesé, avergonzada.

—Carmen... —Mi madre se giró y me miró preocupada—. Ya habíamos hablado de esto. No te frenes antes de acelerar porque entonces no avanzas. Iremos a la graduación, me mostraré ante todos como la madre orgullosa que soy y después, puedes elegir entre venir a casa conmigo o salir de fiesta con tus amigas y disfrutar de tu juventud.

—¿Y si mientras estoy de fiesta comienzo a sentirme mal? Habrá mucha gente, demasiada. ¿Y si comienza a faltarme el aire? —Comencé a respirar de manera acelerada solo con imaginarme la situación. Los «y si» eran mis mayores enemigos.

—¿Y si mientras estás de fiesta te lo pasas bien? ¿Y si te falta el aire de tanto bailar, reír... o besar? —murmuró con cariño—. ¿Y si te permites ser feliz? ¿Qué crees que te diría papá?